

un corazón demasiado duro, señor, el que no compadece a su prójimo.

HARP. — No será grande el trabajo de ir hasta la feria.

JAIME. — No, yo no tengo el valor de llevarlos; me reprocharía el darles fatigazos en el estado en que están. ¿Cómo queréis que arrastren una carroza, si no pueden arrastrarse a sí mismos?

VAL. — Señor, pediré al vecino Picard que se encargue de guiarlos. De todos modos lo necesitamos aquí a él, para preparar la cena.

JAIME. — Sea. Prefiero que mueran bajo la mano de otro que bajo la mía.

VAL. — ¡Maese Jaime razona demasiado!

JAIME. — El señor intendente se da demasiado tono!

HARP. — ¡Basta!

JAIME. — Señor, yo no puedo sufrir a los aduladores; y veo que lo que él hace, su contralor continuo sobre el pan y el vino, la leña, la sal y la vela, no tienen más objeto que ganar vuestra confianza. Eso me da rabia, y me disgusta oír todos los días lo que se dice de vos; pues, a pesar de todo, os tengo cariño; después de mis caballos, vos sois la persona a quien más amo.

HARP. — ¡Podría yo saber, maese Jaime, lo que se dice de mí?

JAIME. — Sí, señor, si estuviera seguro de que eso no os enfadaría.

HARP. — No, por cierto.

JAIME. — ¡Disculpad; sé muy bien que os encolerizaréis.

HARP. — De ningún modo. Al contrario, eso es darme gusto; me interesa mucho saber cómo hablan de mí.

JAIME. — Señor, ya que lo queréis, os diré francamente que todos se burlan de vos, que nos echan de todos lados cien pallas a vuestro respecto, que corren cuentos de todas clases sobre vos. El uno dice que hacéis imprimir almanques particulares, en que duplicáis los días de ayuno y de vigilia, a fin de aumentar las privaciones que imponéis a vuestra gente. El otro, que tenéis siempre preparado un motivo de queja contra vuestros criados en la época de los aguinaldos o de su salida de la casa, para no darles nada. Aquél cuenta que una vez demandasteis al gato de un vecino, por haberos comido un resto de pierna de cordero; ésta, que una noche os sorprendieron al ir a robar vos mismo la avena de vuestro caballo, y que vuestro cochero, que era el que estaba antes que yo, os dió, en la obscuridad, no sé cuántas palizas, de que no quisisteis decir nada. En fin, ¿queréis que os lo diga? no se puede ir a ninguna parte sin que se os oiga poner como chupa de dómine. Sois el hazmerreir de todo el mundo, y nunca se habla de vos sin llamáros avaro, ladrón, canalla y usurero.

HARP., golpeando a maese Jaime. — Sois un imbécil, un pícaro, un bribón y un desfachato.

JAIME. — ¡Y bien! ¿no habéis yo adi-

vinado! No me habéis querido creer. Ya os había dicho yo que os enfadaríais si os decía la verdad.

HARP. — Aprended a hablar.

ESCENA VI.

Valerio, maese Jaime.

VAL., riendo. — Según veo, maese Jaime, se paga mal vuestra franqueza.

JAIME. — ¡Pardiez! señor recién llegado, que os dais tanto tono, esto no es cosa vuestra. Reid de vuestras palizas, cuando os las den, y no vengaís a reír de las mías.

VAL. — ¡Ah, señor maese Jaime, no os enojéis, por favor!

JAIME, aparte. — Está mansito. Quiero hacerme el bravo, y, si es suficientemente tonto para temerme, sacudirlo un poco. (Alto.) ¿Sabéis, señor reidor, que yo no me río, y que, si me calentáis la cabeza, os haré reír de otro modo? (Empuja a Valerio hasta el fondo del teatro, amenazándolo.)

VAL. — ¡Eh, poco a poco!

JAIME. — ¡Cómo, poco a poco! no se me da la gana.

VAL. — ¡Por favor!

JAIME. — Sois un impertinente.

VAL. — Señor maese Jaime...

JAIME. — No hay maese Jaime que valga. Si tomo un palo, os daré una buena paliza.

VAL. — ¿Cómo, un palo? (A su vez, hace retroceder a maese Jaime.)

JAIME. — ¡Eh! no digo eso.

VAL. — ¡Sabéis, señor fanfarrón, que soy capaz de apalearos a vos?

JAIME. — No lo dudo.

VAL. — ¿Qué no sois, en resumidas cuentas, más que un triste cocinero?

JAIME. — Lo sé bien.

VAL. — ¡Y que no me conocéis todavía!

JAIME. — ¡Disculpadme.

VAL. — ¡Decís que me apalearéis!

JAIME. — Lo decía en broma.

VAL. — Pues a mí no me gustan vuestras bromas. (Le da de palos). Sabed que sois un mal bromista. (Vase).

JAIME, solo. — ¡Al diablo la sinceridad! es un mal oficio; renuncio a él desde ahora, y no quiero volver a decir la verdad. Pase todavía por mi amo, él tiene algún derecho de pegarme; pero, en cuanto a este señor intendente, me vengaré de él, puedo.

ESCENA VII.

Mariana, Frosina, maese Jaime.

FROS. — ¡Sabéis, maese Jaime, si está vuestro amo en casa?

JAIME. — Sí, está, con seguridad; demasiado lo sé.

FROS. — Decidle, por favor, que estamos aquí.